

Jorge Cáceres y los cuadros imposibles

Mario Verdugo Arellano

En 1938, tres jóvenes poetas provenientes de Talca desatan un escándalo en la Casa Central de la Universidad de Chile. Entre el público se halla un poeta todavía más joven, un poeta de 14 años al que más tarde compararían con un delfín, con un rayo, con un pájaro. "Deslumbrado y loco", ese poeta se une a los otros tres para producir la versión chilena del surrealismo. Su obra, definida en sus propios términos, se parece a "un revólver sin balas y sin mango, al cual falta el gatillo, disparando frenéticamente al vacío"

an dicho que los poemas de Cáceres (1923, 1949) son fosforescentes, y que su mirada era oscura, y que anduvo tan lejos que nadie vio su rostro. Han escrito que a su muerte murió también la poesía surrealista en América. Han repetido que fue el adelantado de un grupo de poetas que se comportaban como salvajes, arrojándose hacia al azar, precisamente porque tenían esperanza.

Hijo de un chileno autoritario, huérfano de madre y ahijado de Carlos Nascimento, editor estrella a la sazón, Jorge encaró sus primeras escaramuzas literarias como estudiante del Internado Barros Arana. Allí tuvo de compañero a Lucho Oyarzún. Allí hacía clases Nicanor Parra y Gonzalo Rojas era inspector.

A la edad de los sueños húmedos, Jorge experimentaba sueños de todas clases. Sueños que se transformaban en poemas oníricos. Por ese tiempo conoció revistas de vanguardia que Neruda traía desde Europa. También acostumbraba escribirles a sus escritores favoritos, que no podían dejar de sorprenderse de su precocidad. Fue entonces cuando sucedió lo de la Universidad de Chile: Braulio Arenas, Enrique Gómez-Correa y Teófilo Cid, ex alumnos del Liceo de Talca y ahora conocidos como el grupo "Mandrágora", leyeron sus proclamas y anunciaron su adhesión al proyecto de Breton. Cáceres se sintió fascinado y pidió ingresar de inmediato al mentado grupo. "Llegaba por deslumbramiento -recordaría luego Gómez-Correa-, con una intuición y un instinto poético pocas veces visto durante toda la historia de la poesía de Chile". Sólo Gonzalo Rojas parece reprochar la veracidad de este episodio, señalando que fue él

mismo quien empujó a Cáceres hacia la aventura mandragórica, desde su puesto de ilustrado inspector del Barros Arana.

El caso es que, ya investido poeta, Jorge abandonó sus estudios formales y entró a la Escuela de Danza del Ballet Nacional. Lo hizo empleando sus nombres verdaderos, Luis Sergio, y acudiendo a una especie de personalidad paralela, de desdoblamiento que no abandonaría hasta el funeral, cuando muchos de sus cercanos recién vinieron a enterarse de sus actividades y de su identidad problemática.

Gracias a su mecenas Alfred Reifschneider -sí, el de la cadena de artículos fotográficos-, Cáceres viajó a París en 1947. En la ciudad luz fue acogido por Breton y se hizo amigo de Perét, de Victor Brauner y la familia Hérold. Además desarrolló sus fotomontajes inspirados, en parte al menos, en las obras de Eluard. "Aquí me tienes en pleno París -le escribió a su amigo, el talquino Gómez-Correa-. Estuve en Buenos Aires, Brasil, África y Madrid. París es bello, pero la vida es difícil. Hay de todo, pero con dinero".

La bibliografía de quien fue llamado "rayo luminoso", "labio que desafía el infinito", "relámpago", "pájaro de alas de fuego", "delfín de la Mandrágora" y "figura proteiforme y meteórica", está compuesta de títulos como "René o la Mecánica Celeste" ('41), "Pasada Libre" ('41), "Por el Camino de la Gran Pirámide Polar" ('42), "Monumento a los Pájaros" ('42) y "El Frac Incubadora" (edición privada). Casi todos son inhallables. Casi todos han sido reunidos en "Poesía Encontrada", volumen antológico publicado hace un par de años por Pentagrama Editores y el Consejo del Libro.

Jorge "el delfín resplandeciente" o Luis

"el bailarín" o como se llamase de veras, murió el 21 de septiembre del año '49. Quien lo encontró en la tina de baño, al día siguiente, fue su ex pareja, Octavio Cintolesi. Se habló de suicidio y de ataque al corazón. Se ha hablado de amor no correspondido, de melodrama. La autopsia, según demuestra Pedro Montes, señala que se trató de una asfixia por gas, intencional o no: eso nunca se sabrá. "Yo estaré bien solo -había escrito el poeta-, al fondo de la arena de todos los desiertos, esperando la hora más sola, cuando seré librado de todo deseo de los últimos despojos de la poesía".

SIN PIES NI CABEZA

Los poemas de Cáceres están llenos de nieve y de cerezos y de pájaros. De ingresar en el mundo que sugieren, no sabremos a ciencia cierta si estamos más cerca del cielo que del fondo del mar, recordando o hablando de lo que pasará mañana, perdidos en un bosque o podando el jardín. Las cosas se transforman en otras cosas por completo o a mitades, por pedazos, como en un relato de Lewis Carroll o bajo el influjo de una fiebre diabla, pero siempre más rápido que cualquier chiche moderno que nos parezca muy rápido, sea un capítulo de los Simpson o un clip de Björk. Es un mundo con cambios climáticos bruscos, o como si el tiempo enloqueciera y nos jugara brumas sanguinarias. En la mesa de disección de Jorge en verdad se encuentran objetos verdaderamente disímiles: una mujer desnuda hace gestos recostada sobre una pirámide de cadáveres. La misma mujer mece sobre sus rodillas un bebé africano y camina a través de un campo donde crecen por todos lados coladores de aluminio. Ella misma alimenta

castores blancos y espera la llegada de unas moscas que se posan sobre un vaso de agua. Es el desquiciamiento surreal que el autor leía y escribía: "Yo llenaba mis cabellos de plumajes invisibles (...) Yo escuchaba el rumor de la loba en la punta del bosque (...) Un juglar que juega con cuadros imposibles (...) Y por fin es sólo reír de un azar sin pies ni cabeza (...) Viajero, te aconsejo que retires las redes que has tendido en los árboles. Porque de lo contrario serán reducidas a serpientes hambrientas que te devorarán".

En algunos textos en prosa, Jorge aterrizaba un poco o salía a la superficie para criticar a las "manos imbéciles" y a ciertas "hostias color de mierda". Pero en seguida volvía a la lógica saltarina de los sueños y a sus expectativas de cambiar el universo sacándolo de sus casillas. Como se suele decir, no sabemos si los vanguardistas, Cáceres inclusive, perdieron o ganaron, pero lo cierto es que después de ellos el mundo nunca volvió a ser el mismo. "Yo propongo la profunda desviación -anotó el poetarayo- de la utilidad del rol de cada objeto doméstico, con el fin de obtener por este medio un mundo más favorable a nuestras búsquedas, a nuestros ojos y a nuestro amor (...) El objeto favorito de Arenas es el revólver. A mí la langosta carbonizada, restregada con heroísmo en un plato de cola y lanzada al interior de un clavicordio, de donde ella surge convertida en una taza de mimbre muy comestible. Yo no he logrado escapar a esa energía fantasma, que me obliga, desde 1938, a escribir textos-catálogos para los interesados en la mecánica celeste, en la fotografía y el objeto surrealistas, en la crítica onfrica, en el cultivo de un vegetal alucinante".